Con la Revolución Industrial vino una incorporación selectiva de la mujer a la clase obrera. La industrialización requería un aumento del nivel cultural de las clases explotadas, lo que impulsó la enseñanza básica masiva —extensiva a toda la familia— significando la intervención obligatoria del Estado en la formación de la nueva generación de trabajadores. La enseñanza básica masiva concedía a las niñas la oportunidad de invadir el mundo exterior, compartiendolo con los hombres.

Esa Revolución Industrial requería la incorporación masiva de la mujer a la producción fabril, creándose así un proletariado femenino, fuerza nueva en la historia que tendría un peso enorme en el desarrollo de la sociedad. Así las mujeres, no por casualidad, son llevadas a incorporarse a la industria textil y sus derivados, a la industria alimenticia y farmacéutica, y a los servicios como maestras, enfermeras, secretarias, ascensoristas, telefonistas y sirvientas: actividades que, afirman Larguía y Dumoulin, no son más que la proyección en la esfera pública de las tareas que cumple la mujer en el seno de la familia.

Por medio de esta división del trabajo en el seno del proletariado, se contribuye a consolidar los viejos prejuicios sobre los sexos en el terreno laboral que, según los autores, persiguen dos fines:

a) justificar el pago de salarios, mucho más bajos que los del hombre a la mujer trabajadora, para un puesto equivalente y una misma calificación, b) justificar, al asignársele a la mujer en la producción tareas calificadas de "livianas", la obligación de la obrera de continuar reponiendo fuerza de trabajo en el hogar al retornar de la fábrica.

Porque el hecho de que el trabajo doméstico, invisible, aparentemente carente de valor, continúe siendo considerado como una característica sexual secundaria, el hecho de que se le confiera una cualidad biológica, hace que en la actualidad se vea como lo más natural del mundo que la mujer trabajadora cargue con la segunda jornada.

En los países subdesarrollados, señalan Isabel Larguía y John Dumoulin, los recursos económicos no alcanzan para socializar el trabajo doméstico en gran escala. Pero esto no impide —añaden— la creación de una moral por la que el hombre comparta, facilitando que su compañera se integre a la producción social. Existen además infinidad de posibles soluciones parciales basadas en la cooperación entre vecinos, que no requieren grandes inversiones estatales. Pero la aplicación de estas soluciones requiere un cambio radical en el sentido común de la gente, que ha sido profundamente impregnado por el individualismo y la supremacía masculina.

En cuanto al socialismo, esa etapa preparatoria de la sociedad sin clases, los autores afirman que no podrá construirse sin resolver definitivamente la contradicción existente entre la necesidad del trabajo doméstico y la necesidad de incorporar a la mitad postergada de la humanidad al trabajo productivo y a la vida política.

La reposición privada de la fuerza de trabajo en el socialismo continúa siendo una necesidad cruel e insoslayable. El reconocimiento oficial de la existencia tangible de la segunda jornada de trabajo es un paso importante; su socialización por medio de la expansión de los servicios depende de la política gubernamental pero, fundamentalmente, del desarrollo económico. Mientras el trabajo doméstico permanezca invisible, mientras el hombre no lo comparta y no se combata la falsa conciencia del sexo, sobrevivirán los prejuicios tradicionales: las tipologías sexuales opuestas, pasivas y autoritarias, y las teorías biologistas destinadas a justificar la división del trabajo en el terreno laboral.

Anilú Elías

EL FILICIDIO *

El notable psicoanalista argentino Arnaldo Rascovsky revela en unas cuantas páginas dramáticas las raíces profundas de la guerra que están vinculadas al filicidio. Dice Rascovsky: "El crimen primitivo y primordial de la humanidad fue el sacrificio de los hijos, es decir, el filicidio. Este crimen llegó a constituir el principal instrumento para imponer la prohibición del incesto y la consecuente organización de todo proceso sociocultural. La guerra pasó así a cumplir una función estabilizadora al constituirse en el sistema permanente mejor organizado para la persistencia del sacrificio original de los hijos".

En forma brillante y clara Rascovsky muestra cómo las guerras las deciden los viejos y cómo quienes van a morir son las "infanterías", que, como su nombre indica, se componen de infantes, de jóvenes, los jóvenes temidos que los viejos envían a morir. Muestra también cómo la cultura patriarcal busca siempre formas de castración real o simbólica como una manera de mutilar sexualmente al hijo, siempre temido rival en el amor de la madre: Rascovsky nos habla de los ritos de iniciación de varias sociedades primitivas, donde el adolescente o la adolescente viven un clima de terror, pues las ceremonias son rituales secretos conocidos para los viejos de la tribu, pero no reveladas a los jóvenes sino en el momento de la iniciación. También vemos cómo la circuncisión se convierte en una castración ritual simbólica que persiste en el inconsciente colectivo aún hoy en sociedades desarrolladas. Recordemos el ritual azteca que imponía a los hombres el deber de atravesarse el pene con agujas de maguey y la tradición en Bizancio de castrar a los hijos para segurarles importantes posiciones. Los eunucos tranquilizaban el temor popular por el nepotismo, ya que un gobernante castrado difícilmente podía heredar su puesto a un hijo.

Se buscan, dice Rascovsky, racionalizaciones demográficas para justificar la matanza de jóvenes. Hoy es difícil ver que el enfoque que nos dice que hay que reducir la población mundial porque no alcanzarán los alimentos es un enfoque que nos recuerda la primitiva envidia oral y la pérdida de la exclusiva posesión del pecho nutricio de la madre.

Rascovsky nos advierte cómo se estimula pronto los sentimientos homicidas, ya que a los niños se les censura toda información vinculada a la sexualidad y al amor y en cambio se les deja contemplar la violencia sin límites. La televisión permite que, al llegar a la adolescencia, un niño haya presenciado alrededor de 13 mil muertes violentas en la televisión y, en cambio, no haya recibido estímulos eróticos o cariñosos.

El filicidio, como nos demuestra Rascovsky, es una tendencia persistente en nuestra cultura que todos debemos detectar y rechazar si queremos salvar la vida y no asegurar la muerte

---

* Amaldo Rascovsky, *"VIOLENCIA, FILICIDIO Y GUERRA"*. Colección Tauro. Buenos Aires. Shapire Editores, 1975.